

ria, sino un reflejo glorioso de nuestra grandeza!
¡La fe de León, de Burgos, de Sevilla, de Granada, se salvó en Covadonga!

LA CAPILLA EVANGÉLICA

¡Oh, coro sublime! ¡Oh, sublime religión de Jesús!... ¡Tú sola pudiste inspirar estos ideales himnos de piedral..

Bajando la voz, porque á Segura llevan preso.

¡Christus redemptor aeternus!

UN CANDIDATO

Tiene la cara de pordiosero; mendiga con la mirada. Sus ojos, de color de avellana, inquietos, medrosos, siguen los movimientos de aquel de quien esperan algo, como los ojos del mono sabio á quien arrojan golosinas, y que devorando unas, espera y codicia otras. No repugna aquel rostro, aunque revela miseria moral, escaso aliño, ninguna pulcritud, porque expresa todo esto, y más, de un modo clásico, con rasgos y dibujo del más puro realismo artístico: es nuestro Zalamero, que así se llama, un pobre de Velázquez. Parece un modelo hecho á propósito por la Naturaleza para representar el mendigo de oficio, curtido por el sol de los holgazanes en los pórticos de las iglesias, en las lindes de los caminos. Su miseria es campesina; no habla de hambre ni de falta de luz y de aire, sino de mal alimento y de grandes intemperies; no está pálido, sino aterrado, no enseña perfiles de huesos, sino pliegues de carne blanda, fofa. Así como sus ojos se mueven implorando limosna y acechando la presa, su boca rumia sin cesar, con un movimiento de los labios que parece disimular la ausencia de los dientes. Y con todo, sí tiene dientes, negros, pero fuertes. Los esconde como quien oculta sus

armas. Es un carnívoro vergonzante. Cuando se queda solo ó está entre gente de quien nada puede esperar, aquella impaciencia de sus gestos se trueca en una expresión de melancolía humilde sin dignidad picaresca, sin dejar de ser triste; no hay en aquella expresión honradez, pero sí algo que merece perdón, no por lo bajo y villano, sino por lo doloroso. Se acuerda cualquiera, al contemplarle en tales momentos, de Gil Blas, de don Pablos, de Maese Pedro, de Patricio Rigüelta; pero como este último, todos esos personajes con un tinte aldeano que hace de esta mezcla algo digno de la égloga picaresca, si hubiese tal género.

Zalamero ha sido diputado en una porción de legislaturas; conoce á Madrid al dedillo, por dentro y por fuera; entra en toda clase de círculos por altos que sean; se hace la ropa con un sastre de nota, y con todo, anda por las calles como por una calleja de su aldea remota y pobre.

Los pantalones de Zalamero tienen rodilleras la misma tarde del día que los estrena. Por un instinto del gusto, de que no se da cuenta, viste siempre de pardo, y en invierno el paño de sus trajes siempre es peludo. Los bolsillos de su americana, en los que mete las manazas muy á menudo, parecen alforjas.

No se sabe por qué, Zalamero siempre trae migajas en aquellos bolsillos hondos y sucios, y lo peor es que, distraído, las coge entre los dedos manchados de tabaco y se las lleva á la boca.

Con tales maneras y figura, se roza con los personajes más empingorotados, y todos le hacen

mucho caso. "Es pájaro de cuenta", dicen todos.

"Zalamero, mozo listo," repiten los ministros de más correa. Fascina solicitando. El menos observador ve en él algo simbólico; es una personificación del genio de la raza en lo que tiene de más miserable, en la holgazanería servil, pedigüeña y cazorra. "Yo soy un frailuco—dice el mismo Zalamero—; un fraile á la moderna. Soy de la orden de los mendicantes parlamentarios." Siempre con el saco al hombro, va de ministerio en ministerio pidiendo pedazos de pan para cambiarlos en su aldea por influencias, por votos. Ha repartido más empleos de doce mil reales abajo, que toda una familia de esas que tienen el padre jefe de partido ó de fracción de partido. Para él no hay pan duro; está á las resultas de todo; en cualquier combinación se contenta con la peor; lo peor, pero con sueldo. Sus empleados van á Canarias, á Filipinas; casi siempre se los pasan por agua; pero vuelven, y suelen volver con el riñón cubierto y agradecidos.

—¿Qué carrera ha seguido usted, señor Zalamero?—le preguntan las damas.

Y él contesta sonriendo:

—Señora, yo siempre he sido un simple hombre público.

—¡Ah! ¿Nació usted diputado?

—Diputado, no, señora; pero candidato creo que sí.

—¿Y ha pronunciado usted muchos discursos en el Congreso?

—No, señora: porque no me gusta hablar de política.

En efecto; Zamamero, que sigue con agrado é interés cualquier conversación, en cuanto se trata de política bosteza, se queda triste, con la cara de miseria melancólica que le caracteriza, y enmudece mientras mira receloso al preopinante.

No cree que ningún hombre de talento tenga lo que se llama ideas políticas, y hablarle á Zamamero de monarquía ó república, democracia, derechos individuales, etc., etc., es darle pruebas de ser tonto ó de tratarle con poca confianza. Las ideas políticas, los credos, como él dice, se han inventado para los imbéciles y para que los periódicos y los diputados tengan algo que decir. No es que él haga alarde de escepticismo político. No; eso no le tendría cuenta. Pertenece á un partido como cada cual; pero una cosa es seguirle el humor al pueblo soberano, representar un papel en la comedia en que todos admiten el suyo, por no desafinar, y otra cosa es que entre personas distinguidas, de buena sociedad, se hable de las ideas en que no cree nadie.

Zamamero, en el seno de la confianza, declara que él ha llegado á ser hombre público... por pereza, por pura inercia. "Dejándome, dejándome ir, dice, me he visto hecho diputado. Nunca me gustó trabajar; siempre tuve que buscar la compañía de los vagos, de los que están en la plaza pública, en el café, azotando calles á las horas en que los hombres ocupados no parecen por ninguna parte. ¿Qué había de hacer? Me aficioné á la cosa pública: me vi metido en los negocios de los holgazanes, de los desocupados, en elecciones. Fui elector y cazador de votos, como quien es jugador. Cuando supe

bastante me voté á mí propio. El progreso de mi ciencia consistió en ir buscando la influencia cada vez más arriba. He llegado á esta síntesis: todo se hace con dinero, pero arriba. Cuanto más arriba y cuanto más dinero, mejor. El que no es rico, no por eso deja de manejar dinero; hay para esto la tercera de los grandes contratos vergonzantes. El dinero de los demás, en idas y venidas que ideaba yo, me ha servido como si fuera mío."

Mientras muchos personajes andan echando los bofes para asegurar un distrito, y hoy salen por aquí, mañana por los cerros de Ubeda, Zamamero tiene su elección asegurada para siempre en el tranquilo huerto electoral que cultiva abonando sus tierras con todo el estiércol que encuentra por los caminos, en los basureros, donde hay abono de cualquier clase.

Aunque trata á duquesas, grandes hombres, ilustres próceres, millonarios insignes, cortesanos y diplomáticos, en el fondo Zamamero los desprecia á todos, y sólo está contento y sólo habla con sinceridad cuando va á recorrer el distrito, y en una taberna, ó bajo los árboles de una pumarada, ante el paisaje que vieron sus ojos desde la niñez, apura el jarro de sidra ó el vaso de vino, bosteza sin disimulo, estira los brazos, y á la luz de la luna, con la poética sugestión de los rayos de plata que incitan á las confidencias, exclama con su voz tierna y ronca de pordiosero clásico, dirigiéndose á uno de sus íntimos aldeanos, agentes, electores, sus criaturas.

—...Y después, si Dios quiere, como otros han llegado, puedo llegar á ministro... y como no soy

ambicioso, juro á Dios que con los treinta mil reales de la cesantía me contento; sí, los treinta mil... aquí, en esta tierra de mis padres, en la aldea, bajo estos árboles, con vosotros...

Y Zamero se enternece de veras y suspira por que ha hablado con el corazón. En el fondo es como el aguador que junta ochavos y sueña con la terrina. Zamero, el palaciego del sistema parlamentario, el pobre de la Corte de los Milagros... del salón de conferencias: el mendicante representativo, no sueña con grandezas, no quiere meter al país en un puño, imponer un credo.

¡Qué credos!

Ser ministro ocho días, quedarse con treinta mil... y á la aldea. Es todo lo Cincinnato que puede ser un Zamero. No quiere ser gravoso á la patria. "Si me hubiesen dado una carrera, hoy sería algo. Pero un hombre como yo ¿á que ha de aspirar sino á ser ministro cesante cuando la vejez ya no le consienta trabajar... el distrito?,"

LA CONTRIBUCIÓN

TRAGICOMEDIA EN CUATRO ESCENAS

ESCENA PRIMERA

Estación de Pinares. Al amanecer. El campo cubierto de escarcha. Mucho frío. El tren parado delante del andén. Algunos viajeros de tercera corren á la cantina, donde se sirve café malo, pero caliente. Muchos se soplan las manos, otros dan patadas fuertes contra el suelo, otros se pasean, mientras se les prepara el café. Los empleados, pocos y mal vestidos, de la estación, muestran actividad extraordinaria. Es que en un coche de lujo, en un *break*, viajan altos funcionarios de la Compañía y un ministro, el de Hacienda.

UN VIAJERO DE 3.^a

Enfermo, de color de aceituna, muy débil, vestido con un traje claro muy ligero; se acerca, andando y hablando con dificultad, al jefe de la estación, que pasa con mucha prisa.

¿Me hace el favor?

JEFE

¿Qué hay?

VIAJERO DE 3.^a

¿Cuántos minutos para aquí?

JEFE

¿No lo ha oído usted? Cinco.

VIAJERO DE 3.^a

Pero como decían... que hoy... que se habían bajado unos señores que tienen que hacer ahí fuera... y se les esperaría .. Pensaba yo...

JEFE

Eso no es cuenta de usted ni mía.

El jefe desaparece sin oír las excusas del viajero de 3.^a, que teme haber ofendido á aquel personaje.

VIAJERO DE 3.^a

Á otro empleado de la estación

¿Se puede saber cuánto pararemos aquí?

EMPLEADO

¡Uf! Lo menos un cuarto de hora. ¿No ha visto usted que se han apeado esos señores para ver las obras del puente? Lo menos un cuarto de hora.

VIAJERO DE 3.^a

Con expresión de alegría y agradecimiento.

Muchas gracias, muchas gracias... Pero ¿está usted seguro que un cuarto de hora lo menos?

EMPLEADO

Con el humor del jefe:

Hombre, ¿quiere usted una hipoteca?

Se va.

VIAJERO DE 3.^a

No, señor, gracias... Usted dispense... Basta la palabra... ¡Quince minutos! ¡Oh, sí, me decido! ¡Dios mío, dame fuerzas!

Con gran trabajo, respirando con dificultad, se dirige hacia... lo que no puede decirse. Lee:

Señoras... ¡Aquí no!

Da otros cuantos pasos con gran dificultad. Lee:

Caballeros.

Vacila; muestra gran desaliento.

No hay más... Sí, aquí debe de ser.

Desaparece. Pasan tres minutos. Suena una campana.

UNA VOZ

Señores viajeros, ¡al tren!

Los personajes del break ya han ocupado su coche. Al parecer, tienen prisa. Uno de ellos se dirige al jefe de estación, que se cuadra.

EL PERSONAJE

Sí, sí; ahora mismo. Pite usted. El ministro se siente mal y hay que llegar cuanto antes á la ciudad...

El empleado de marras habla en voz baja al jefe y señala al lugar por donde ha desaparecido el viajero de 3.^a El jefe hace un gesto de contrariedad y se encoge de hombros. El personaje se retira de la ventanilla. El jefe espera unos segundos. El empleado y algunos viajeros, que se dirigían corriendo al tren, hacen señas, como de quien mete prisa á alguien, en la dirección por donde ha desaparecido el viajero de 3.^a

EL EMPLEADO

¡Vamos, hombre, á escapel... Que se queda usted en tierra...

UN VIAJERO

¡Que se va el tren!

Suena el pito.

¡Que se va!... ¡Ese pobre hombre!... ¡Que no puede!... ¡Que se cael... Allá ustedes.

Monta corriendo en su coche.

EL EMPLEADO

Pero ¿qué le pasa?

El tren empieza á moverse.

VIAJERO DE 3.^a

Aparece, arrastrándose casi, con una mano apoyada en el suelo y otra sujetando la ropa. Lívido, aterrado, habla con voz debilísima; quiere llegar al tren que marcha.

¡Socorro! ¡favor!... ¡Ayudarme, ayudarme! ¡No puedo, no puedol...

Toca con una mano el estribo, un mozo de la estación y el empleado de antes se precipitan hacia él para contenerle.

EL EMPLEADO

¡Imprudentel... ¡Desgraciadol... ¡Que le arrastra, que le deshace el tren!...

VIAJERO DE 3.^a

¡Por Dios!.. ¡Arriba!... Quiero morir allá... en Cardaña... junto á mi padre... ¡Falta tan poco!... ¡Ayuda, arriba!...

MUCHAS VOCES

¡Imposible!...

Quieren ayudarle los de dentro y los de fuera. Se abre una portezuela, se tienden varias manos. Todo inútil. El tren sigue, el viajero de 3.^a cae sin sentido en brazos del mozo de la estación. Todas las ventanillas, las del *break* inclusive, llenas de cabezas. Curiosidad inútil. El tren desaparece.

VOCES EN EL TREN

¿Quién es? ¿Quién será?

OTRAS VOCES

Dicen que es un soldado de Cuba que viene por enfermo...

ESCENA SEGUNDA

Cardaña. La estación. Mucho frío. Muy poca gente en el andén. Un viejecillo ochentón, apoyado en muletas, rendido de fatiga, se arrima á una columna de hierro y mira con ansiedad hacia la parte de Pinares, por donde va á llegar el tren. Llega el tren. Nadie se apea. ¡Un minuto de parada! grita una voz. Suena inmediatamente una campana, luego un silbido y el tren emprende la marcha.

EL VIEJO

¡Dios mío! ¿Qué es esto? Nadie, nada... ¿Se habrá dormido? No, imposible. Es que no viene. ¿Dónde se ha quedado? Si debía llegar ahora, sin falta... ¡Enfermo, enfermo por el camino!... ¡Mi Nicolás, Ni-

colás!... Nada; no viene... y ya se aleja el tren...
¡No viene...no vienel... ¡Dios mío!...

EL JEFE DE LA ESTACIÓN

¿Qué es eso, señor Paco? ¿Qué le sucede? ¿Le han arrojado ya de su casa esos caballeros *mandones*?

EL VIEJO

No... si ahora no es eso... No es la casa... Es mi hijo... Nicolás, que vuelve de Cuba muy enfermo, deshaciéndose... y debía llegar en este tren... ¡y nadal

EL JEFE

Calma, hombre; vendrá mañana.

EL VIEJO

No, no; ¡me da el corazón una desgracia!... ¡Hoy, hoy, era hoy!... Algo le pasó en el camino.

JEFE

Vaya, que es usted el rigor de las desdichas. Pero ¿qué hay de eso? ¿Es verdad que le han vendido á usted la huerta y la chozuca por mal pagador, por rebelarse contra el comisionado?... ¡Ja, ja! Usted, señor Paco, siempre tan... faccioso. ¿Pero no sabe que el que no paga la contribución... la paga de todas maneras?

VIEJO

Yo no podía pagar. ¡Les abandoné mi pobreza! Pero de mi rincón no me han echado todavía... ¡Ni me echarán! Quiero mi cama en mi choza para mi hijo, que viene enfermo de Cuba ..

JEFE

¡Pero si le han vendido la choza, si ya no tiene allí nada suyo más que la cama!... Usted lo dice, usted se lo abandonó todo.

VIEJO

Irritándose.

Sí; lo abandoné porque no podía pagar trimestres y más trimestres... Me pedían un dineral... Una injusticia.. Mientras pude trabajar, pagué á regañadientes, pero pagué; ahora, solo, baldado, inútil, sin trabajo... apenas como... y he de pagar... ¿Con qué? ¡Rayos! ¡Mi casa, la huerta!... Se la llevaron, bueno; ya es de otro... ¡Rayos! Pero si Nicolás llega enfermo, ¿dónde le meto? ¡Vive Dios! ¡En mi choza, en su casa!

JEFE

Juicio, juicio, señor Paco. Con los mandones no se juega. No haga usted un disparate. Y salga, que esto se queda solo y yo me voy arriba.

VIEJO

Saliendo de la estación hacia el pueblo.

¡Dios mío! Pero ¿dónde está mi hijo? ¡Enfermo!... ¡Abandonado en el camino!... ¡Muerto, acaso muerto!

ESCENA TERCERA

La tarde del mismo día. Calle de aldea, solitaria, delante de la casucha del señor Paco. El alcalde y dos hombres mal encarados, vestidos á lo ciudadano, pero con mala ropa, se acercan al señor Paco, sentado á la puerta de su casa.

EL ALCALDE

¡Ea, señor Paco, esto se acabó! La paciencia y todo, se acaba.

EL SEÑOR PACO

¿Qué quiere usted decir, señor alcalde?

EL ALCALDE

Que estos señores vienen á tomar posesión de lo que es suyo. Que esta casa ya no es de usted. Que usted ha dejado que la Hacienda se incautase de sus bienes y sin mezclarse usted en nada, despreciando la ley, como si ésta no tuviera que cumplirse, ha visto sin moverse que, paso tras paso, como pide la justicia, se fueran llenando todos los requisitos para dejarle á usted en la calle... Y ahora que eso ya es de otro, de este caballero que acompaña al señor comisionado, á quien usted conoce...

SEÑOR PACO

Sí; demasiado.

EL ALCALDE

Ahora que usted no tiene ahí dentro más que unos pocos muebles, ni quiere sacarlos, ni se va con la música á otra parte... y eso no está en el orden. Haber pagado á su tiempo.

SEÑOR PACO

No tenía con qué.

EL ALCALDE

Eso no es cuenta mía. Ni esto tampoco... Entendámonos: estos señores recurren á mí, porque, por la presente, y á falta de mejor... postor... eso es, soy la fuerza pública, vamos al decir. Está usted ejecutado; la ley ya no tiene más que hacer... á no ser que quiera que materialmente se le eche á patadas...

SEÑOR PACO

¡Atrévase usted, señor alcalde!...

EL ALCALDE

No, yo no. Es usted un pobre viejo. Pero vendrá la guardia civil, ya que es usted tan testarudo. Este caballero ya ha estado aquí tres veces. Tiene razón al quejarse de que no se le haya hecho salir de aquí á usted á su debido tiempo. Por lástima han hecho todos la vista gorda hasta llegar el último momento... Pero ésta es la de vámonos. Tanto derecho tiene usted á estar en esta casa como en la mía. Yo, por motivos de orden público, digámoslo así, vengo á

darle el último aviso por las buenas. Este señor ya está cansado de aguantarle... Conque, ó deja usted libre la puerta... ó vienen los guardias ¡y hay violencial

SEÑOR PACO

¡Que venga un ejército! Que me maten... de aquí no me muevo. Espero á mi hijo... á Nicolás... que viene muy enfermo... ¡Dios mío! ¡Si ilegal! ¿En dónde le acuesto? Viene de Cuba... deshaciéndose... Mi cama es suya... ahí, en ese rincón donde nació... donde moriremos los dos abrazados... en nuestra casa, donde murió su madre... en mi choza... mía, pese á todas las contribuciones del mundo. No pago, porque no puedo... ¡pero mi casa es mía!

EL COMISIONADO

Señor Paco, esta casa es de este caballero, que la ha adquirido del Estado en la forma que señala la ley y con todos los requisitos del caso; hace mucho tiempo que está usted aquí de sobra. Bastante se ha levantado el brazo. Si usted no hubiese sido terco... si hubiera pagado...

EL SEÑOR PACO

Sombrio, como trñstornado.

Esta casa es para mi hijo... Ahí, en esa cama moriremos los dos... abrazados... ¡Si viene! ¡Si no ha muerto por el camino!

EL DUEÑO NUEVO

Nada, nada; yo no sirvo para ver estas cosas. Que se cumpla la ley en todos sus extremos. Yo me voy y volveré cuando la fuerza me haya dejado mi propiedad libre de estorbos... Con Dios, señores.

EL ALCALDE

Espere usted. Ea, tío Paco, ya se me sube á mí el humo á las narices. Aquí ya no hay civiles que valgan: yo soy alcalde... y me basto y me sobro... Deje usted libre el paso... ó me lo llevo á la cárcel...

EL SEÑOR PACO

Blandiendo una muleta.

Moriré aquí dando palos al que se acerque... En muriendo los dos... ahí dentro, en esa cama, cargad con todo. Llevadnos de limosna al campo santo... y todo es vuestro. Pero me da el corazón, miserables, que si os abandono la choza antes que él venga... no vendrá; *se habrá muerto* en el camino, en el barco, entre las ruedas del tren, ¡qué sé yo! Si le aguarda su cama en su choza... en el rincón donde nació... vendrá, sí, vendrá... ¡Se lo pido á Dios de rodillas!

Se arrodilla temblando y apoyando las manos en el suelo. Silencio solemne. Aquellos cafres callan con respeto, relativo, á la desgracia y á la oración del anciano.

ESCENA CUARTA Y ULTIMA

Se oye el ruido estridente de las ruedas de una carreta del país. Aparece por la calleja que desemboca frente á la choza del señor Paco una carreta de bueyes guiada por un aldeano y escoltada por dos civiles. Dentro de la carreta un bulto largo cubierto con un lienzo gris.

UN GUARDIA CIVIL

Aquí es, señores, ¿no vive aquí el señor Paco Muñiz de la Muñiza?

EL ALCALDE

Ahí le tienen... Á buen tiempo llegan, señores guardias... Yo soy el alcalde del pueblo, y este hombre...

EL GUARDIA

Espere un poco, señor alcalde. El caso es...

SEÑOR PACO

Como iluminado por una revelación al ver la carreta, se dirige hacia ella, sin apoyarse en las muletas, que arroja; levanta el lienzo gris, descubre un cadáver y se abraza, entre alaridos, al muerto.

¡Nicolás! ¡Mi hijo! ¡Mi Colasín!

EL ALDEANO

Al alcalde.

Se nos ha muerto en el camino. Es un soldado de Cuba que venfa por enfermo. Se bajó en Pinares...

no pudo montar en el tren... y se moría. Suplicó que por caridad se le trajera á Cardaña... á morir en su casa, junto á su padre...

SEÑOR PACO

Incorporándose airado, como loco.

¡Miserables, dejadme lo mío! ¡Ya pago, ya pago!
¿No me robais porque no pagaba?... ¿Y ese hijo?
¿Y esa vida? ¡Alcalde, ahí tienes la contribución!
¡Entierramela!

Con las manos crispadas señala al muerto.

TELÓN MUY LENTO

EL RANA

Tenía cincuenta años que parecían setenta; una levita que no lo parecía, del color de la vía pública, el gris que se coge en el arroyo como una pátina; barba rala, corrida, del color de la levita; tres ó cuatro dientes; una camisa, y muy arraigadas convicciones políticas, sociológicas y aun filosóficas y teológicas. Había aprendido á leer allá en Cuba, cuando la otra guerra, siendo voluntario en un batallón provincial; y ahora leía periódicos y más periódicos arrimado á los pilares en los porches del Ayuntamiento. Siempre leía de prestado, porque él su poco dinero lo gastaba en aguardiente y en tabaco. Era peón de albañil, pero casi siempre dimisionario. No estaba conforme con la marcha del mundo. Cuando él era joven, la culpa de todos los males la tenía el *oro de la reacción*; ahora parecía ser que el enemigo era "el infame burgués". "Sea", se había dicho el Rana; y, como antes del oscurantismo y de los *presupuestvoros*, ahora maldecía del burgués, del zángano de levita. Y eso que él, por invencible afición, siempre vestía de levita, verdad es que debida á la munificencia de algún aborrecido burgués. Era el borracho más popular de su pueblo, y todas las clases sociales le encontraban gracia al Rana, y veían en él, acaso, el último representante de una

generación famosa de perdis populares, que eran, en cierto modo, orgullo de la ciudad por el ingenio de todos ellos, por los rasgos originales y muy cómicos de su excitada fantasía. El Rana, á pesar de sus ideas disolventes, de su *bala rasa* (alcohol puro) anarquista, no tenía un enemigo, ni siquiera entre el clero, que él despreciaba con serenidad olímpica. Sin embargo, sus lucubraciones teológicas más de una vez le hicieron dormir en la prevención, por la forma más que por el fondo. Cuando la prensa local encarecía la necesidad de perseguir la blasfemia, el Rana no se libraba de los rigores del terror blanco. Pero salía de prisiones sin abdicar uno solo de sus principios; y aquella misma noche volvía á presentarse tan borracho como el día anterior y tan encastillado en sus negaciones impías y en sus imprecaciones escandalosas.

Amigo de marchar con el siglo, había renunciado á ser republicano, ya que los jóvenes de la esquina del Ayuntamiento se reían de la política; y era anarquista, pero disidente, porque los de esta opinión le habían expulsado con toda solemnidad de su grey, con el frívolo pretexto de que empalmaba las borracheras y era el hazmereir de los burgueses, y admitía de éstos propinas, prendas de vestir y otras humillaciones.

Pero el Rana, haciendo eses, y mirando al cielo, con quien se pasaba el día de coloquio, pues era su costumbre decirselo todo á las nubes, al *tal* Dios, desdeñando ponerse al habla con los míseros mortales, el Rana, digo, perdonaba á sus correligionarios porque no sabían lo que hacían, y les dedicaba

sonrisas de desprecio en un todo iguales á las que le merecía el alto y bajo clero. Además de no estar conforme con el *credo* (así decía él) de su partido, en lo tocante á la bebida, también protestaba contra los alardes de cosmopolitismo, porque él era patriota ¡por vida de la Chilindrinal y había expuesto la vida en cien combates por la... *eso* de la patria: en fin, "¡Viva Cuba española!", gritaba El Rana, que en esta materia no admitía bromas ni novedades. Bueno que la república fuera un... mito, eso, un mito..., pero en la *aquello...* de la patria, que no le tocaran el Carlos Más (Marx), ni el Carlos Menos, ni Carlos Chapa..., porque el Rana, allí donde se le veía... había sido voluntario del heroico batallón de la *Purísima* (alabada sea ella), añadía el Rana, que sólo estaba mal con el elemento masculino de la Sacra Familia; y eso de boca.

"Mil éramos, predicaba entusiasmado en medio de la plaza, mil éramos cuando íbamos por la carretera de Castilla arriba: ciento cuatro volvimos de Cuba... Los demás todos muertos... unos por uno, otros por otro..., ¡todos muertos! ¡Viva la anarquía y el libertinaje! Fuego y fuego en el burgués .., pero el que me toque á... pues, á Cuba española, que se entienda con este cura, hablando mal, con el Rana, veterano distinguido del batallón provincial de la Purísima, alabada sea ella... Me... caso en el *tal* del *Tal*."

Y si pasaba por allí un polizonte iba el Rana á la prevención por blasfemo.

*
**

Una mañana muy fría, de Diciembre, salió el Rana muy temprano del zaquizamí en que dormía, y previo el ordinario tocado de pasarse la mano por los ojos, se encaminó á la estación del ferrocarril del Norte, pisando la dura escarcha, soplándose los dedos y hablando entre dientes con las *podridas* nubes. La letra de lo quería decir no era muy clara, pero la música era ésta: pestes contra el frío, contra el hambre, contra el infame burgués y contra la falta de patriotismo del obispo, del alcalde, del gobernador y demás oscurantistas, digo burgueses.

El Rana había leído en un periódico local, el día anterior, que aquella mañana, en el primer tren saldrían por el ferrocarril del Norte quince voluntarios que embarcarían en la Coruña con destino á Cuba. Una semana antes la ciudad en masa había despedido entre gritos de entusiasmo patriótico á todo un batallón de infantería que de allí había salido para la guerra. Se había obsequiado á los soldados con cigarros, fiambres, vino, reparto de pesetas y grandes dosis de cariño fraternal, inspirado en el amor á la patria. Estaba bien. El Rana era el primero en aplaudir aquella manifestación. Pero ahora...

—¡Lo que yo temía—exclamó al pisar el andén, donde le dejaron entrar á la cuarta ó quinta blasfemia.

—¡Lo que yo temía! ¡Ni un alma! ¡Muera el burgués! ¡Abajo lo existente!... ¡Ni un alma!... ¡Sean ustedes *Daoíces* para esto!... ¡Claro!... Los pobretones son voluntarios; como yo, como el Rana, allá

en mis buenos tiempos... Son el *Queso*, *Piniella*, el *Marqués*, *Viruela*, *Viruso*, el *Troncho*... cuatro gatos, la hez, eso, la hez del pueblo soberano... Una limpia, ¿eh? ¡Dígalo usted, burgués infame!.. ¡Una limpia!... ¡Dígalo usted claro!

Y el Rana, hablando y andando, se dirigió á la cantina solitaria, donde pidió una copa de aguardiente, al mismo tiempo que ponía sobre el mostrador unos cuantos perros chicos, pero sin separar de ellos la mano. Era aquel gesto una fórmula á que le obligaba su escaso crédito. Quería decir que tenía con qué pagar; no que pagaría de fijo.

Como la cantinera le mirase con cierta sorna y no se diera mucha prisa á servirle, El Rana, con ceño digno de las Euménides, se encaró con la pobre muchacha y la abrumó bajo el peso de cien blasfemias é imprecaciones.

“¿De qué se dudaba allí? ¿De su buena fe de pagador ó de su amor á la... *eso* de la patria?”

“Tenía él ó no tenía decoro? ¿Tenía ó no tenía razón? Ni el obispo, ni el alcalde, ni una rata, venía á “despedir á los quince *Daoíces* que iban á morir por España, como el más currutaco general ó cadete...” Bebió dos ó tres copas; dejó sobre el mostrador algunas monedas, recogió otras, y siempre hablando con las nubes, se fué hacia el grupo de voluntarios, que también soplándose las manos daban diente con diente y patadas en el suelo, formando piña cerca del tren, preparado ya para la marcha.

—¡Eh, Rana, faltan cinco céntimos!...—le gritó no muy incomodada la cantinera.

El Rana se encogió de hombros, y con un ademán de pródigo, exclamó:

—Para ti—y llegó al grupo de voluntarios, donde no fué mal recibido. El *Queso* le estrechó la mano con efusión, y dijo:

—¡Bien por el Rana! Vivan los patriotas de la *Purísima*.

—Alabada sea ella. Pero el podrido obispo, ¿por qué no viene hoy á echar bendiciones? Y el alcalde, ¿para cuándo deja los *puros* y los vivas?...

¡Porque sois la hez, *Queso*! Esto es una limpia... Os barre el hambre, os echa á morir, á la alcantari-lla, á la manigua, la *nesecidad*... Y, claro... los señoritos, los burgueses... no se levantan de la cama á la hora que barren los barrenderos del Ayuntamiento...

* * *

La verdad era que en la estación no había ni *elemento oficial*, ni muchos curiosos ó patriotas. Casi ninguno. Había, sí, mujeres harapientas, niños pobres que lloraban ó refan, los pedazos del corazón cubiertos de andrajos, que dejaban en el pueblo aquellos muchachos que iban... no sabían á qué... á morir problemente... á padecer por la... *eso*, de la patria.

El Rana no se explicaba bien —porque blasfemar no es argüir;—pero él veía clara la cosa: lo que pasaba por el espíritu... de vino de aquel insigne borracho, traducido de las nieblas alcohólicas de su conciencia al lenguaje usual, era esto:

“No valen más mil que quince. Aquellos chicos no tenían la culpa de ser tan pocos. No valía decir que el pueblo acababa de entusiasmarse pocos días antes. En estos casos no vale el cansancio. Aquel desaire á la *hez* de la población, que iban de su propio querer á morir por España, era una ingratitud, una crueldad. El voluntario no es menos que el soldado que *sirve al rey* porque le toca. *Allá* son iguales; pero en el *arrancar* tiene el voluntario más mérito. Y no valía pensar que el *Queso*, el *Marqués*, *Viruela*, iban echados por la miseria, por no luchar con el hambre, por dar pan á su madre, ó á su mujer ó á sus hijos...

No; algo había él visto... pero sin lo *otro*, sin lo de... *aquello* de la patria, no irían. ¿Por qué no iban á otra parte, donde había *guita*, pero no había peligro, mala vida? ¿Por qué á ninguno se le ocurría ir á cambiar la miseria de su *tierra* por el pan seguro de otras aventuras lejanas, por mar ó por tierra? En fin, que, por dentro, al *Queso* le pasaba lo que á él, al Rana, le había pasado en su tiempo. ¿Qué era España? ¿Qué era la patria? No lo sabía. Música... El himno de Riego, la tropa que pasa, un discurso que se entendió á medias, jirones de frases patrióticas en los periódicos... Pelayo... El Cid... La francoesada... El Dos de Mayo... El Rana, como otros camaradas, confundía los tiempos; no sabía si lo de Pelayo y lo de Covadonga había sido poco antes que lo de Daoiz ó por el mismo tiempo... Pero, en fin, ello era que... ¡viva España! y lo que sale de dentro sale de dentro... y, en fin, que en un arranque de... no sabía qué, pero contento, muy

ancho, se había alistado... y allá había ido, mezclado con mucha gente honrada, siendo tanto como ellos, en cuanto era voluntario; y se había batido bien, y había perdonado, allá en la guerra, á los españoles de acá, á los *reaccionarios* (hoy burgueses) que habían ido á despedir el batallón de la *Purísima* por la carretera de Castilla arriba, y que iban diciendo, mientras acompañaban á los voluntarios:

—“Y además, ¡qué limpia! El batallón se lleva al Rana, se lleva á *Saltamontes*, se lleva á *Tarucos*... se llevaba... Sí, se los llevaba; ya no quedaban *perdis* en el pueblo apenas; y los más se habían ido y no habían vuelto... ¡Qué limpia! Entre muchos pobres muy juiciosos, sin tacha, la picardía de la ciudad, era cierto; borrachos, jugadores, blasfemos, el escándalo de las plazuelas... ¡Pero allí todos iguales, todos voluntarios! Y el Rana y *Tarucos* no iban sólo por el rancho y á la que saltara; no, señor... iban por una corazonada, por el himno de Riego, por lo de los moros y los mambises... y Pelayo y los franceses... y, en fin... como los otros... ¡Rayo en el burgués! ¿Qué limpia, eh? ¡Oh! ¡Pues si viérais morir en la manigua á los de las *barreduras*!...”

* * *

Sonó el pito del jefe. Se cerraron portezuelas, hubo abrazos, besos, lágrimas, carcajadas nerviosas, gritos locos. De repente silencio triste. En aquel silencio sonó de repente la voz del Rana que peroraba, sin que ya nadie le hiciera caso:

—A ver, ¿dónde está el pueblo? ¿Dónde está el burgués, dónde está el obispo? ¿Y esas pesetas, señores de la Diputación? ¿Y esos cigarros, señor Alcalde?

Y entusiasmado con su propia arenga, el Rana, al arrancar el tren, tuvo una inspiración generosa.

Sacó del bolsillo interior de la levita de color de carretera una cajetilla de las más baratas, aún no mediada, y con gesto de soberana arrogancia, comenzó á arrojar pitillos á las ventanas de los coches que ya se movían...

—Toma, *Queso*; toma, *Viruela*..., toma tú, *Troncho*... ¡Viva Cuba española!

—¡Viva el Rana! gritaron los voluntarios que ya se alejaban... ¡Viva la integridad de la patria!

—¡Esol ¡esol—gritó nuestro hombre—viva la *ingratitude* de la patria! Me *caso* en el *tal* del *Tal*... y blasfemó horriblemente, hasta que un guardia le puso la mano en el hombro, diciendo:

—Calla, Rana, si no quieres dormir el martes donde duermes el domingo...

El Rana miró de hito en hito, con gran desprecio, al guardia, y, sin blasfemar, exclamó:

—Oye, tú, dile al obispo... que es un... *trásfuga*... y que ¡viva Cuba española!